

El olor de las flores marchitas

O rinó un sedimento denso y pestilente que apuntó como pudo al fondo del sanitario. La sustancia marrón se movía con languidez en el fondo del excusado. El hombre llevaba cuatro días con fiebre y despedía un olor a óxido en todo su cuerpo. Pensó que el color de su orina era debido a la deshidratación y el olor mordiente lo asoció con los antibióticos que tomaba cada seis horas; los detestaba, no tanto por el sabor desagradable, sino porque lo mantenían en vigilia, en ese peligroso estado de la conciencia.

Salió del baño y se dejó caer en la cama. Envuelto en la penumbra de su habitación, se encontraba sumido en una batalla contra el insomnio que lo había acechado durante toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos y el zumbido del tinnitus emergía del silencio de su cuarto, unos rostros espectrales se derretían detrás de la oscuridad de sus párpados. Estuvo varios minutos escuchando los retumbos de la madrugada como si él mismo acabara de inventarlos: de fondo un perro ladrándole a la noche, los autos transitando la avenida con un murmullo distante, las ramas de los árboles crujiendo, el viento entre las hojas y un pájaro nocturno rompiendo la monotonía de la noche.

Se levantó y se sentó en el borde de la cama. Dejó que sus pies tocaran el piso frío de la habitación mientras sus ojos se ajustaban a la oscuridad del cuarto. Lo invadió el impulso de dirigirse a la cocina por un vaso de agua, pero al poner un pie fuera de la habitación, ahí estaba, como si exhalara un suspiro que se enroscaba en su nariz en espirales de descomposición, impregnando cada rincón

de su conciencia. El olor lo golpeó como un puñetazo en el rostro que lo arrancó de sus pensamientos y lo arrojó bruscamente a la realidad. Era una mezcla entre lo putrefacto y el dulce olor de las flores cuando se marchitan, serpenteando entre las sombras con una presencia ominosa.

Empezó a buscar de dónde podía provenir ese olor trémulo: debajo de los muebles, en la rinconera, hasta en la papelería del baño, en el nochero, encima de los libros que estaban en el estante de la sala, en el cuarto de planchado, pero no encontró nada. Quizá era alguna rata muerta en el patio del vecino o en el entechado de la cocina. El olor estaba allí, persistía en su conciencia, no podía deshacerse de él. Lo sofocaba. Lo asfixiaba.

Cuando regresó a su habitación, un escalofrío recorrió su espalda mientras retrocedía, alejándose con paso vacilante. El miedo se apoderó de él, una sensación visceral que lo hizo temblar: ahí estaba, enfrente de su lecho, alojada debajo de los pieceros, una corona de flores marchitas.

Se aproximó con cautela, cubriendo su nariz con la palma de la mano, sintiendo el repugnante olor que emanaba del extraño espécimen floral que yacía enfrente de su cama. Observó con creciente horror cómo lo que parecían ser pétalos eran en realidad lenguas putrefactas, viscosas y malolientes, retorciéndose como serpientes en un oscuro festín. Una sustancia viscosa y transparente las cubría, otorgándoles un aspecto aún más repulsivo. Las lenguas se movían de manera inquietante, alrededor de un pistilo que se retorció en el centro, semejante a una lom-

briz que emerge de la tierra. Las hojas que rodeaban las flores, estrechas y lanceoladas, se desplegaban ante sus ojos de manera silenciosa y aberrante. Y en el centro, atravesando la corona de manera macabra, un mensaje en una lengua ignota parecía desafiar todo sentido de cordura.

Se aproximó aún más para contemplar aquel espectáculo hórrido. En la cercanía, los relojes dormidos marcaban eternamente las tres de la tarde, una hora suspendida en el limbo del tiempo. Podía sentir el tiempo goteando dentro de su cabeza, una lluvia constante que martillaba en su conciencia. Los silencios más hondos del mundo resonaban a su alrededor, como los latidos sordos de su propio cuerpo, el jadeo de autos trasnochados en la avenida circular, el susurro de los árboles y el murmullo secreto de las estrellas. El olor, penetrante y corrosivo, surgía de la corona de flores y se arremolinaba a su alrededor como una presencia viva. No era

solo un olor, era una sustancia mordiente que se filtraba en lo más profundo de sus recuerdos. Su rostro, descompuesto por completo, no reflejaba el cansancio del sueño, sino la ausencia misma. Cerró los ojos en un intento desesperado por encontrar lo que había perdido, pero en lugar de ello, se encontró sumergido en un mar de caos y locura. En la búsqueda interna, se encontró con rostros derretidos, recuerdos retorcidos y objetos distorsionados. Tropezó con figuras surrealistas enterradas en los rincones más oscuros de su mente: personas olvidadas, como ella, la niña de tercero con trenzas y pecas en el rostro, sus cartas escritas en tinta roja.

Poco a poco fue emergiendo de esas infinitudes sin tiempo, de esas profundidades viscosas, de esos laberintos de la vida y se supo enfermo, postrado en ese lecho frío, rodeado de ese olor a hierro oxidado, de ese profundo olor a flores marchitas.

* Lingüista y literato de la Universidad de Cartagena. Es miembro del Taller Cuento y Crónica de Cartagena, adscrito a la Red Relata del Ministerio de Cultura. Parte de su producción narrativa ha aparecido en la revista de la Universidad de Cartagena. Finalista en 2016 del VII Premio Nacional de Cuento La Cueva, con el texto *Los oficios de Dios*, publicado en la antología *El Coi y otros cuentos*.